

ESPERANZA

SUPLEMENTO DEL BOLETIN OFICIAL DEL OBISPADO

Problema de todos

Es triste ver que, ante la agobiadora escasez de sacerdotes — y su único remedio: el fomento de las vocaciones — no faltan quienes, encogiéndose de hombros, se inhiben como ante un problema cuya solución no les corresponde.

Gracias a Dios van siendo menos cada día los que así piensan. Pero ESPERANZA quisiera echar de sus reductos a cuantos se empeñan en permanecer en la trinchera de su indiferencia, ante este problema de todos.

La conducta del Gobierno de la Nueva España que acaudilla Franco, puede servir a este fin de estímulo y acicate.

El Boletín Oficial del Estado ha publicado, en efecto, hace poco una orden autorizando la creación en varias ciudades de España de Escuelas Nacionales preparatorias para el ingreso en el Seminario.

Hermoso y elocuente es el hecho en sí. Pero lo es más todavía, a nuestro parecer, lo que se dice en uno de los párrafos del preámbulo de dicha disposición:

«Uno de los fines del nuevo Estado es el de hacer asequible el acceso a los Seminarios de aquellos escolares que den señales de vocación al sacerdocio, facilitando así a la Iglesia Católica la formación de un clero idóneo preciso para elevar moral y religiosamente a la Nación».

No sabemos qué merece mayor elogio, si la confesión de la necesidad del fomento de las vocaciones para el resurgir espiritual de la Patria, o la manera eficaz de poner remedio a esta necesidad con los medios más adecuados.

Desde luego, ambas cosas merecen ser consideradas atentamente — e imitadas — por los que hasta ahora no han sido más que curiosos espectadores o lamentadores inútiles de la escasez de sacerdotes.

¿Carrera de pobres?

En un Seminario de España, de cuyo nombre no quiero ahora acordarme, sucedió no ha mucho el siguiente caso de cuya rigurosa historicidad doy testimonio.

Pedrito, seminarista de 1.º de Latín, pertenecía a una familia humilde.

Su madre, pobre viuda, no viéndose con ánimos para afrontar los pequeños gastos que los estudios de su hijo le ocasionaban a pesar de haber sido su pensión reducida a un minimum insignificante, buscó quien le ayudara a sostenerle en el hermoso camino de su vocación.

Y en la cristiana generosidad de Doña Amalia encontró la mano amiga que buscaba.

Una de las veces que Doña Amalia, después de haber visto en la sala de visitas a su protegido, visitaba a D. Enrique, el Mayordomo, para saldar las pequeñas cuentas de aquel, le acompañaba una vecina amiga que, a juzgar por su porte altivo, distaba mucho de tener la honda solera de piedad de la bienhechora de Pedrito.

Mientras el buen D. Enrique, lápiz en mano, buscaba el total de la cuenta y extendía el correspondiente recibo, Doña Amalia inició el diálogo con su compañera:

—¿Has visto qué muchacho tan bueno y tan simpático?

—Y qué limpio y bien arreglado lo tiene su madre!

—Eso que la pobre hace muchos años que quedó viuda y con varios hijos...

—Sí, ya se sabe; estas carreras son carreras de sacrificio, carreras de pobres...

Estas palabras hirieron a D. Enrique en lo más vivo de su alma sacerdotal y encendieron en ella la llama de la indignación. Estuvo a punto de reaccionar violentamente

reprochando a la acompañante de Doña Amalia lo anticristiano e injurioso del concepto, vertido, tal vez sin medir su alcance.

Pero logró serenarse. Si no lo suficiente para dar enseguida la lección merecida sin estridencias ni aristas vivas, sí lo bastante para esperar para ello otra ocasión oportuna, que no tardó en presentarse.

Cuando algún tiempo más tarde D. Enrique, buen amigo mío, se expansionaba conmigo contándome lo ocurrido, vibraba todavía en santa indignación.

Es lamentable, me decía, lo que ocurre con nuestras clases elevadas con relación al sacerdocio. Discurren en pagano cuando consideran su grandeza. A lo sumo sienten por él una admiración platónica. Pero cuando piensan que uno de sus hijos pueda ser llamado a ella, la miran con disgusto, cuando no con desprecio. ¡¡Es carrera de pobres...!!

No, insistía; el sacerdocio, a pesar de ser camino de sacrificio, o mejor, precisamente por serlo, no es carrera de pobres; sino vocación de los predilectos de Dios, de los aristócratas del espíritu, de los caballeros del ideal, de la flor y nata de la nobleza cristiana.

Y si las clases elevadas, enervadas por la molición de una vida reglona y fácil, se obstinan en rechazar para sus hijos el sacerdocio, por miedo al sacrificio, peor para ellos!

Quien tenga siquiera sea una chispa de fe habrá de convenir en que D. Enrique tenía toda la razón.

Ojalá sus palabras contribuyan a hacer desaparecer de las clases sociales más altas, esta mentalidad que, como decía Pío XI delicadamente, tan poco les honra.



A. C. y Seminario

"Vínculo de unidad"

En el trabajo, en la lucha, en la conquista difícil da alientos saberse grupo compacto.

No por la razón de aquel refrán popular y de exacta filosofía: «mal de muchos, consuelo de tontos».

Sino porque la comunidad de intereses, unifica también los esfuerzos. Lo que uno para sí desistiría de conseguir ante lo arduo de la empresa, para todos y con todos trabajará con entusiasmo desconocido hasta por él mismo.

En vuestra labor de Apostolado, miembros de A. C., es necesaria la impresión de masa y de unidad en la misma.

¿Soñamos en la conquista de la masa como tal? Para éllo exigimos esta impresión de legión? Sería un absurdo.

Pero en la conquista personal del compañero de taller, de la compañera de academia, no estáis solos. Y les conquistáis para Cristo, el Cristo viviente que formamos todos los cristianos en el ámbito de la Iglesia. Comunidad de interés y de trabajo. Unidad.

Esta unidad tiene un vínculo y un sacramento que la produce: la Eucaristía, el Sacramento del pan y del vino formados por multitud de granos de trigo y de uva.

«Vínculo de unidad». La comunión que nos reúne a todos, Jerarquía y fieles, en torno de la misma mesa, que nos comunica la misma vida y nos da prenda del mismo premio, nos da un mismo empuje para el mismo apostolado. Cada miembro tendrá sus funciones específicas según el lugar que ocupe pero sin desviarse de la gran unidad, fruto de la Comunión del Cuerpo y de la Sangre de un mismo Jesucristo.

Se amortigüen y desaparezcan en el abrazo de esta unidad las aristas de pequeños intereses y miras personales. Que no es matar la personalidad hasta en el ejercicio de una función jerárquica.

Es sentirse unos, todos los que somos Cristo, para dilatarlo en los que no lo son todavía.

Memorias de una vendedora de ESPERANZA

(Del diario íntimo de una Aspirante)



16-5-45.

Estoy rendida. Esta mañana he vendido ESPERANZA. Hasta las diez y media, pse... la cosa ha ido bien. De esta hora a la una, nada, una calamidad. No creo que haya sido por culpa mía. ¿Se me habría agotado la «sal» en tan poco tiempo?

En las puertas de la Iglesia X., cuando mejor iba la cosa, por poco me pega un mendigo joven con una pata de palo, porque le estropeaba el «negocio». Con competencia y todo la gente sencilla de estas primeras misas no se resiste mucho a la invitación de ayudar al Seminario aunque no sea más que con tres inocentes perros chicos.

Me he enfadado con una vieja que llevaba un gorro como una tortá y una red para las moscas y otros insectos, que le tapaba toda la cara barnizada.

—¿Quiere V. ESPERANZA?

—A ver, a ver... ¿tienes cambio? —me ha dicho buceando en su bolsa de gran tonelaje.

Esperaba un billete de 100 beatas. Y me larga... un real de níquel.

—No!

He dicho una mentira. Me he quedado sin el real. Pero... me alegro. Les habría contagiado su «roña» a todos los reales, perras, santiagos, santiaguitos y pesetas que llevaba yo en mi bolsillo y a todos los que le queden al Mayordomo del Seminario en el cajón de la Mesa. ¡Ojalá se le apolillen a la vieja los reales y el gorro!

Pero esto no tiene importancia. Yo estaba contenta de la venta en general. Pero en la calle X... ¡aquello ha sido un descalabro!

La gente, como barbos en huelga o sinapismos desubstanciados. No pican ni a tiros.

Dos señores tiesos como si se hubieran tragado un sable. Cuello y punteras relucientes. Por la cara, diría que son personas de bien. Vuelven de misa o tienen intención de ir.

—Una limosna para el Seminario. ¿Quieren Vds. ESPERANZA?

—No, gracias.

¿Lo habrán entendido? Pero, la cara que, sin querer, he puesto quería decir: Bien, señores, las gracias, después!

Estos me han dejado atontada como si me hubieran dado con una porra en la cabeza.

Suerte que he visto venir, corriendo, atolondrado, con los libros de texto debajo del brazo a X. condiscípulo a quien persigue la mala suerte en los exámenes. A fin de curso todo son clases extraordinarias, lecciones, etc. Y siempre termina con flotadores. Tiene, además, patente en la confección de chistes malos.

—¿Pregonas «La Mañana»? Entonces eres una «cantamañanas».

—Gracias.

Sin perder la serenidad, le presento ESPERANZA.

—Bien, dame ESPERANZA, que es lo único que me queda a estas horas.

—Y lo último que se pierde.

(Me da una peseta... y lástima, por los flotadores).

Y ¡a la prosa, otra vez, que es la alfalfa de los prados de la vida!

Por enmedio de la calle, con paso de macero de Catedral y un sombrero-tiesto al borde del precipicio de su frente altiva, viene una joven y escultural «madame».

Le ofrezco mi «papel».

Mi deber es éste. Y a ella no le excusa del suyo, su rango y sus retoques. Ha recibido y espera del Seminario lo que más vale en toda su persona, porque creo que debe ser cristiana y buena cristiana.

—¿ESPERANZA?

Un leve gesto de desdén, ligero movimiento de labios que rompe la línea impecable del carmín:

—No: María Eugenia!

No se para siquiera. Algo es algo: por lo menos sé que es chistosa y cómo se llama tan noble señora.

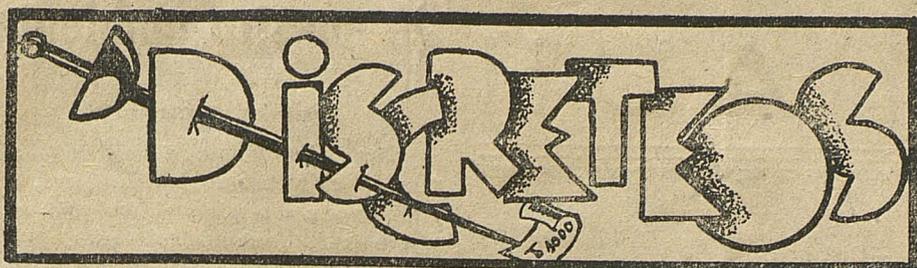
Roto el hielo, con todo, creo deber insistir.

Entonces recurre al tópico más sobado de los siglos; me dispara un «no tengo suelto» que me sabe como la almendra amarga de algunas peladillas.

Camino de casa me he dicho:

¿Qué importa si las cosas no salen como una quisiera? Estoy contenta. He hecho algo para el Seminario, y esta buena obra y las oraciones de los seminaristas me valdrán para que salga con vida y sin flotadores de los exámenes. O por lo menos, con paciencia para soportarlos y resignarme con ellos. No vendrán, sin duda, por el tiempo perdido vendiendo ESPERANZA...

Nota de la Redacción: Dado el carácter íntimo de las páginas del diario que acabamos de transcribir y obtenidas Dios sabe cómo, esta Redacción deja a su autora la responsabilidad de las mismas. Por lo que tienen de ejemplar, las publicamos tributando un homenaje de gratitud a los que, por medio tan sencillo, logran con eficacia la difusión de la idea y de los problemas del Seminario.



El próximo día 28 marcharán para sus casas nuestros seminaristas. Y aun cuando tres semanas después tengan que volver para los cursillos de verano, quiere decir que el curso académico toca a su fin... y tenemos que mirar hacia el venidero.

Necesitamos para entonces, desde luego, Superiores, Profesores, servicio, etc., y desde luego también, necesitamos pesetas, muchas pesetas, (la vida va subiendo como en aeroplano)...

Pero, sobre todo, necesitamos seminaristas, muchos seminaristas.

Gracias a Dios, no somos como esos padres suicidas que tratan de resolver las dificultades del hogar cerrando las puertas a la vida que llega...

Conocemos lo que es dificultad, lo que es lucha, lo que es apuro. Pero sabemos también lo que es Providencia, que día por día nos va abriendo caminos y soluciones insospechadas. ¡Bendita mil veces sea!

Por esto, a pesar de que prevemos problemas difíciles e incógnitas inquietantes para el futuro, confiados en el poder omnímodo de nuestro Padre providente, no dudamos en desear y pedir para el curso próximo muchos seminaristas.

Y nuestro ruego apremiante se dirige particularmente a los venerables Sacerdotes, a los Maestros y Maestras del Obispado, a los padres y madres verdaderamente católicos: Sois vosotros el portavoz ordinario del llamamiento divino. Ciertamente el llamamiento oficial, indudable y definitivo lo hace el Prelado. Pero vosotros sois como sus cooperadores y precursores.

Pues bien, a vosotros os decimos: Para el curso próximo mandadnos muchos seminaristas.

Pero los queremos BUENOS. Y al decir buenos, no pretendemos decir que nos los mandéis ya perfectos y espiritualmente formados. Sería demasiado pedir. Pero sí los deseamos dóciles, sumisos, piadosos y, sobre todo, puros. Del corazón mancillado desde sus más tiernos años por la baba inmundada de la impureza, difícilmente puede brotar el lirio inmaculado de la castidad sacerdotal... La manzana podrida es foco de corrupción para sí y para todas las que están con ella en la canasta.

Los queremos SANOS. Otro elemento que hay que tener muy presente: la salud. Para la vida de Seminario se necesita constitución robusta. El Seminario es una

casa de estudio y de trabajo, no es un Sanatorio. Se vive vida de comunidad, no vida de régimen o de excepción. Y el fin del Seminario no es formar sacerdotes para ponerlos después dentro de una vitrina, sino para lanzarlos por los campos ásperos y dilatados del ministerio apostólico. Así que, aunque ya sabemos se está estudiando algo sobre el examen médico de admisión, sépase de antemano que chicos enclenques, de salud enfermiza, de constitución pobre, propensa a toda dolencia, no serán admitidos. El Señor no les llama al Sacerdocio.

Los queremos VIVOS. Es decir, espabilados, inteligentes, de cabeza despierta y bien dispuesta para los estudios. ¡Natural! El Seminario hemos dicho que es casa de estudio. ¿Qué sacaríamos con tener muchos seminaristas buenos y sanos, pero con la cabeza dura como el hormigón? Todo lo más, unos buenos y sanos zoquetes. Y claro, este no es el plan de la Iglesia, ni del Obispado, ni de las parroquias, ni de los fieles. Conque, chicos avispados para hacer de ellos, suponiendo la virtud y la salud debidas, sacerdotes santos, sanos y competentes.

Vamos a ver, pues, cómo nuestros Sacerdotes, Maestros y padres católicos buscan y encuentran sus candidatos. ¡Qué mayor gloria para ellos que poder enviar algún niño al Seminario!

Y una vez tenido el candidato, a prepararle para el examen de ingreso, cuyo programa les facilitará nuestro Sr. Rector.

Y a entenderse directamente con este Sr. Rector para formalizar las condiciones de ingreso.

Y a preparar los documentos necesarios.

Y a solucionar el problema económico. ¿También? ¡También! ¿O es que se figuran que basta soltarnos el toro y dejarnos solitos en el ruedo con él? Pues ¡vaya una gracia! La «faena cumbre» queda desde luego a cargo nuestro. Pero Vdes. bien está nos echen una mano. Y ya verán qué bien se entienden con nuestro bondadoso Sr. Rector o con nuestro sereno Mayordomo.

Si surgiera algún incidente inesperado, lo que no creo, pidan la intercesión de D. MÍNIMO y asunto concluido. Palabra.

Y ahora una noticia «fausta».

Como que viene de la patria de San Fausto: Alguaire.

Esta villa tan de la entraña de D. MÍNIMO porque va batiendo el record del amor al Seminario en donativos y en seminaristas, no podía faltar en el plebiscito de los bancos.

Y también ofrece uno, con esta modestia y generosidad en ella tan características.

Desde luego extendiendo gustosísimo el áureo diploma de SOBRINOS a favor de los hijos de dicha villa.

¿Que si le concedo además «el honoroso título de PRECIOSISIMA?» ¡Pues ya lo creo! Y el de generosa, rumbosa y airada, con ese «aire», todo espíritu y gracia, que campea en su nombre y que es a la vez atractivo y promesa.

MÍNIMO.

¿Más que Rey?

«Un día el joven duque de Borgoña, irritado por las reprensiones de Fenelón, se atrevió a decirle: «Señor, sé quién soy yo, y quién sois vos». Fenelón dejó pasar la tormenta, y cuando volvió la calma: «Señor, le dijo a su vez, me dijisteis ayer que sabíais quién eráis vos, y quién era yo: es deber mío manifestaros que no sabéis lo uno, ni lo otro. Vos os creéis mi rey, y sois mi alumno; vos me creéis vuestro súbdito, y soy vuestro Obispo».

«Y con más altivez acaso, Bosuet en plena Cuaresma, delante de la corte exclamaba: «Humilde súbdito del rey en cualquiera otra parte, en el templo, en el ejercicio de mis funciones religiosas, soy superior a él, el príncipe no es más que mi auxiliar». (Van Tricht)

No obstante, los reyes pueden aducir como pruebas de su dignidad la participación del poder y de la autoridad de Dios para gobernar a sus súbditos. Si no fueran representantes de Dios, nadie estaría obligado a obedecerles.

¿Quién se atreverá a comparar la dignidad del Sacerdocio con cualquiera otra dignidad humana, cuando los títulos que se aducen no son más que unos bienes materiales, un rango social más elevado, la posibilidad de un porvenir humanamente más brillante?

Y por la influencia bienhechora del sacerdote en la sociedad de los hombres, todas las profesiones y cargos palidecen ante la del ministerio sacerdotal.

Unos, como Napoleón, pueden decir que mandan, ejercen su influencia sobre los cuerpos.

Otros pueden llegar a decir que la ejercen sobre el alma: los educadores.

Pero la dejan en su plano puramente humano, terreno.

Sólo el sacerdote es el dueño de sus destinos inmortales.



¡¡ MIAU !!

—¡Miau!
Y salta del tejado a la tapia del huerto vecino, al lado de otra gata entrada ya, como élla, en años.

—¡¡Miauuuuu...!!!
—¿Qué te pasa? Qué miau tan largo!
—Nada: un callo que tengo en las narices de tanto oler en balde rincones y agujeros, y al pasarme la mano por la cara me he hecho daño.

—Ah.
—¿Y de nuevo?
—Mañana reparto de carne; cupón 26.
—Menos mal. Ya tengo telarañas en el estómago.
—Las ratas están, las pobres...
—No pagan el trote que una se da para atraparlas.
—Como no tomen «Ceregumil» estamos perdidas.
—¿En casa?
—Un aburrimiento. Estoy deseando este rato de todas las noches para salir de aquel tormento.
—¿Tanto?
—Tanto. Horroroso. No se habla más que de subsistencias y de lo cara que se pone la vida.
—¿Y en la cocina?
—¡Jesús! Con una criada que no sabe más que el «yo te daré», que lo canta todo el día y nunca me da nada.
—Te compadezco.
—¿Y aquí?
—Bien. Si no fuera por las vacaciones.
—¿Van a darte vacaciones? Anda ¡qué lujo!
—¡Qué va! Al chico que está estudiando...
—¿Pa cureta?
—¡El mismo!
—Ya sé que no sois muy amigos que digamos, pero son tres semanas, nada más.
—¿Que sí? Pues, me alegro. Mejor dicho: me alegraría, porque van a ser tres meses, según ha dicho su padre hoy.
—¿Pues?
—Mira, chica; ha llegado carta del muchacho, diciendo esto de las vacaciones, que tendrían tres semanas, que luego volverían al Seminario y que antes de empezar otra vez el curso, estaría otras tres semanas en casa; y *el viejo*, quitándose la gorra, se rascaba con la misma mano su calva de sandía...
—¿Ves?
—No veo nada. Sólo sé que decía: ca, ca... ¡Con lo que hay que hacer en el campo y en la era esta temporada! Ahora ya está hecho un buen mozo y nos ahorra dos hombres, por lo menos.

—Discurre.
—Más discurre el tío. Decía por su cuenta: Hay que ver si le cobra poco a poco afición a la tierra; con las cartas que escribe, parece que letra ya sabe bastante. Y la madre: Ya lo creo, parece un santo padre.
—Así, ¿le tocan tres meses?
—Me tocan tres meses de aguantarle a él. Pero lo siento más por él que por mí...; porque sus padres lo van a conseguir de una manera o de otra el que se quede en casa. Este no termina la carrera.
—¿Te parece? Si yo fuera madre de un seminarista...
—¡Miau!
—¿Qué te pasa?
—Nada: el callo.
—Ah. Si fuera, digo, madre de un seminarista...
—No serías gata.
—Claro, pero supóntelo...
—Es mucho suponer. A este pobre hijo le están calentando los cascos constantemente. Deben tener otras intenciones sobre él, que las que el muchacho acaricia. Todavía no le he perdonado lo de atarme una lata de conservas en la cola y darme el mal rato que me dió toda una tarde, pero me da compasión. Le decían la última vez que estuvo: Estudiar tanto, para que después te toque un pueblo de mala muerte, lejos, solo, con una paga mísera...
—Él ¿qué decía?
—Se sonreía como quien está seguro de lo que hace y decía tímidamente: Como no me hago sacerdote para esto... Otro entonces recalaba: Piensa que hacemos un sacrificio enorme por tí... Esto es lo que más le impresiona al chico.
—A lo mejor no pagan dos reales.
—Eso. Pero tienen una chica en un Colegio de monjas. Pagan un duro diario, más las matrículas, libros, etc., etc. y a la madre se le cae la baba cada vez que le hablan de su polla.
—¡Miau!
—¿También te ha salido un callo?
—No, era por el sereno que pasa.
—Ah.
—Camina hija, que estamos criticando como si fuéramos personas.
—Por algo somos gatas y no demasiado jóvenes.
—Pero, esto creo que se puede decir.
—Mejor estaría si lo pudiéramos remediar.
—¿Convencerles? Difícil lo veo.
—Con lo clara que es la cosa. El niño lo quiere, y no precisamente por miedo al campo, sino por su afán de instruirse

De nuestro ambiente

Poesía a chorro

Claro, dirá algún aficionado a la natura, con la primavera, con las flores, las golondrinas, los trinos de los pájaros...

No es esto, señores, no es esto.

Lo que inspira a nuestros muchachos es María, la Madre del Cielo. Por élla son capaces de encontrar un consonante de «polvo» sin que sea un derivado del mismo, y de pasarse contando las sílabas de un verso una mañana entera.

Cada día aparecieron durante el mes de mayo, en un cuadro a los pies de María, varias composiciones poéticas dedicadas a la Señora.

—¿Y no salían versos cojos?

—Pero ¿es que los cojos no pueden alabar a María?

Canto

El día de Pentecostés nuestra Comunidad cantó la Tercia Pontifical en la S. I. C. Para otros Seminarios y comunidades, esto sería muy poca cosa. Para el nuestro, dentro de muy poco, también esto será nada.

Pero ahora, bien cantada, para estos chavales... es algo.

Y que salió bien cantada, lo dijeron los técnicos y... la prensa.

Exámenes

A fines de Junio, llegarán los nuestros. ¿Qué pasará? ¿Qué no pasará?

Buenamente hay que creer que pasaremos todos. Por lo menos, por el tubo.

Y si Dios quiere, también saldremos con un ramo de laurel, que nos recordará el lauro simbólico con que coronan a Dante y a todos los hombres célebres...

...Además a nuestras madres les irá de perillas para el estofado.

y hacer bien a todo el mundo. El se lo dice a sus padres en casi todas las cartas, pero como si les hablaran en latín. No ven más que lo suyo.

—Esto. Con los sacerdotes que ahora faltan. El del pueblo, pobrecito, arrastra un reuma que pronto le arrastrará a él.

—¿Sí?

—Me lo dijo el rubio de la casa rectoral, el del arañazo en los hocicos.

—Chica, que en la torre dan las doce.

Desde el tejado al que se ha subido de un salto:

—¡Miau!

En la tapia, res-tregándose los hocicos cuidadosamente:

—¡¡Miau!!!

